

LA CATEDRA DE LA DEMOCRACIA

Leyendo a Wilson

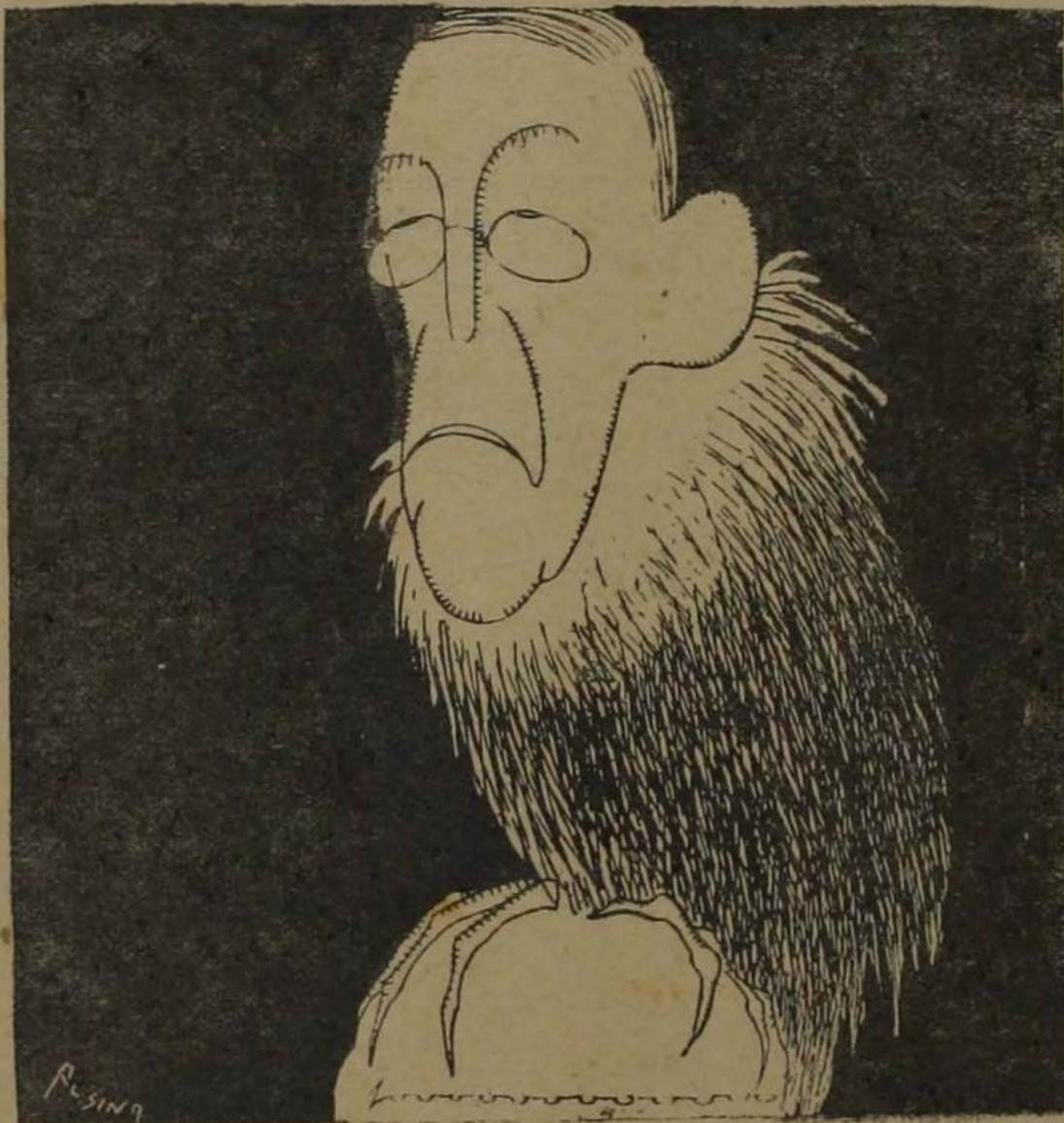
¿Qué iba a hacer yo en el Consejo de los Tres?... cuentan que una vez decía Lloyd George con su formidable humor galense. «¡Estaba entre Clemenceau, que quería ser Napoleón, y Wilson, que se figuraba ser Jesucristo!»

Si Tomás Woodrow Wilson no pretendía ser Jesucristo, era, eso sí, uno de esos varones en quienes, según la frase piadosa, habita el espíritu de Dios. Hijo y nieto de clérigos evangélicos, se educaría, de niño, con la Biblia en la mano en un presbiterio rodeado de verdes praderas. Su alma fué esencialmente un alma religiosa, aunque con esa religiosidad a que tiende el moderno protestantismo, menos absorbida por el problema de la vida futura que consagrada a dar un hondo sentido moral a la vida presente. La personalidad de Wilson no se explica sin un cierto carácter sacerdotal. Era hombre de fe el antiguo presidente de la República de los Estados Unidos. Mirándose hacia dentro, creía en el Evangelio; mirando hacia afuera, creía en la Democracia.

Ahora, en su muerte, sentimos el deseo de ofrendarle con devota emoción unos cívicos funerales. Abro de nuevo su libro sobre *El Estado*, leído hace unos años. Repaso sus páginas, y otra vez los párrafos que señalé con líneas marginales reviven en mi pensamiento, adquiriendo ahora una más decisiva autoridad. Parece ver alzarse a lo lejos la sombra del austero profesor envuelta en talaras vestiduras, en las que se funden los hábitos del sacerdote, la toga del maestro, la clámide del magistrado, la túnica del apóstol.

«Una religión de Estado me parece una supervivencia de las sociedades primitivas...», leo en el capítulo primero.

Es verdad. En las sociedades primitivas la religión se identifica con la familia, y la familia es todo el Estado. La *gens* se siente unida por los lazos de un culto patriarcal. El Estado, en germen, está en esa comunidad familiar sin territorio y sin ley escrita. La religión de Estado, la religión



El Demonio hartos de carne... de cañones, se mete a fraile... pacifista.

(España. Madrid. 28 de Dicbre., 1916).

oficial, debía desagradar doblemente a Wilson. Para el político demócrata, es un privilegio histórico inadmisibles. Para el idealista cristiano, es una intromisión cesarista profanadora. Por eso escribe más adelante que una iglesia oficial es un monopolio «que no tiene nada que envidiar a los otros monopolios».

Para Wilson y contra lo que comúnmente se sostiene, los cambios en los sistemas políticos son más rápidos que la correspondiente evolución en las ideas. Punto de vista muy americano. La acción precede al pensamiento. La vida fluye más de prisa que la doctrina. Lo necesario, lo difícil, no tanto es modernizar las organizaciones o

estatutos como renovar las cabezas. En Inglaterra, por ejemplo, tenemos instituciones democráticas y mentalidad aristocrática. En el matrimonio contemporáneo, y es éste otro ejemplo muy distinto, sobrevive la primitiva idea del raptó de la doncella, simbolizado en el viaje de bodas.

¡Qué espíritu avanzado! Esos meditatores son almas radicales. De prisa, de prisa... Rejuvenezcamos velozmente nuestros conceptos, porque las cosas, las realidades, los hechos vivos, nos toman siempre la vanguardia...

«Capítulo segundo. Los Gobiernos de la antigua Grecia».

A juicio de Wilson, la célebre anfictionía de Delfos, Liga de pueblos vecinos para defender y honrar el templo de Apolo, corazón de la Hélada, contenía ya en su Constitución «los principios de una *entente* moral internacional».

¡Una *entente* moral internacional! La frase nos hace pensar en el gran esbozo político wilsoniano: la Sociedad de las Naciones. Los pueblos, no separados por el egoísmo y por la fuerza, sino unidos por un vínculo ideal. Noble pensamiento, que aún espera su realización. Porque de la Liga de Delfos a la Liga de las Naciones van más de veinticinco siglos. Más de veinticinco siglos de sangre y de violencia. Y todavía... ¿Cómo

creer, entonces, que la vida va más de prisa que las ideas?

«Los Gobiernos de Roma». La plebe, al pesar como un factor importante en la política romana, trajo un caso nuevo: el libre debate, la controversia, la polémica... «Es la discusión —afirma Wilson— el más grande de todos los reformadores».

Frente al sistema de gobierno romano, impersonal, de subordinación al Estado, se alza el sistema de gobierno teutón, personal, de fidelidad al jefe.

(Pasa a la página 74).